

“Andanzas y aventuras del emir Baïbars
y su fiel escudero Flor de Truhanes”

III – LOS BAJOS FONDOS DEL CAIRO
30 – ¡Pobre sheij Abdallah!

Edición y traducción: Esmeralda de Luis



Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baïbars”



III – Los Bajos Fondos del Cairo

30 – ¡Pobre sheij Abdallah!

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
 esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínicos
 Fecha de Publicación: 2018
 Número de páginas: 6
 I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

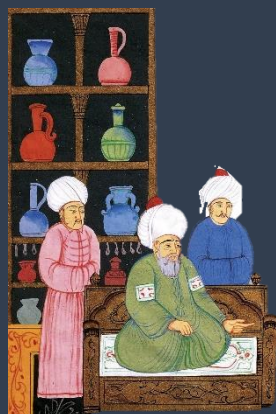
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

30 – ¡Pobre sheij Abdallah!



Un buen día en que Baïbars estaba sentado a la puerta del serrallo de Bâdis, rodeado de Otmân y los dos Saqr, vio llegar a un anciano con una larga barba blanca, seguido de un joven de unos quince años, hermoso como el claro de luna y de porte distinguido, que conducía dos mulas muy cargadas. El anciano avanzó hasta donde estaba Baïbars, le saludó y le dijo:

- Hijo mío, ¿eres tú Baïbars, hijo de la Dama Fâtmeh, hija de El-Aqwâssi, la Dama de Damasco¹?

- Sí, padre mío, bienvenido seas ¿Quién eres tú?

- Hijo mío, te traigo una carta que te hará saber quien soy yo.

Sacó de su bolsa una carta envuelta en un paño de brocado verde, la besó y se la tendió a Baïbars. Éste, rompió el sello y leyó, tras las fórmulas de cortesía al uso:

“De la mano de la Dama Fâtmeh, Dama de Damasco, a mi bienamado hijo, el emir Mohammad Baïbars, ¡que el Creador siempre le proteja!

Hijo mío: tengo el honor de poner en tu conocimiento que este año de gracia ha llegado a nuestra casa el sheij Abdallah El-Balji y su hijo Hasan. Son oriundos de la comarca del Balj y Bujara. Han abierto una tienda en la calleja del Mercado del algodón, y han comenzado a fabricar siropes y mermeladas. Se han mostrado de tal probidad y competencia en su oficio, que han hecho perder su clientela a los otros fabricantes de siropes que estaban instalados aquí; pues todos los habitantes de la ciudad iban solo a la tienda del sheij. Sus colegas, descontentos, han sobornado a Sharaf El-Dîn y le han regalado vino para que los expulse, y éste ha enviado a sus soldados a que cerraran el establecimiento de nuestro sheij, para gran regocijo de sus enemigos.

Yo, hijo mío, era cliente del sheij, y éste ha venido a mi casa, al palacio, en numerosas ocasiones; su honestidad me gustaba, y le recomendé a todos mis conocidos. Cuando le llegó esta desgracia, vino a verme y me contó cómo le habían tratado sus colegas, y cómo, Sharaf El-Dîn había hecho que cerraran su establecimiento. Me quedé

¹ La madre adoptiva de Baïbars, una viuda rica y caritativa, que formaba parte de la aristocracia damascena. Ver *Las infancias de Baïbars*.

muy afectada, y no sabiendo qué hacer, te los envío, confiándoles dos cargas de frutos secos de Damasco para ti; ojalá que sean de tu gusto.

Te ruego, hijo mío, en consideración a mi persona, que les tomes bajo tu protección; todo cuanto puedas hacer por ellos, será como si me lo hicieras a mí misma. Saludos.”

Entonces, el emir Baïbars dio la bienvenida al sheij Abdallah y a su hijo.

- Padre mío –le dijo-, tu llegada es una bendición para nosotros.

Hizo que les instalaran en el pabellón de los invitados, en donde les trató con la mayor deferencia durante tres días. Al cuarto día, se fue a buscar al sheij Abdallah.

- Padre mío –le dijo-, si tienes intención de emprender de nuevo tu antiguo oficio, yo te buscaré una tienda; pero si tienes intención de hacer otra cosa, yo me ocuparé de todos modos de tu instalación.

- Hijo mío, el hombre sólo es bueno cuando sigue con su oficio, el arte que practico desde la infancia. Por ello te rogaría que me hicieras abrir una tienda en una de las calles principales del Cairo. Nosotros nos ocuparemos de ganarnos la vida, con la ayuda del Señor, el que otorga todos los favores.

Entonces, el emir Baïbars hizo venir a uno de sus criados y le ordenó que recorriera la ciudad con el sheij Abdallah, y que cuando éste encontrara un local que le conviniera, preguntara por sus propietarios y volviera a casa para advertir a su señor. Así que el criado se fue con el anciano; recorrieron las principales calles del Cairo, y acabaron por llegar a un zoco, llamado Suq El-Gamalôn. Allí se fijaron en una tienda bastante espaciosa, pero que daba la impresión de haber sido abandonada desde hacía mucho tiempo.

- Hijo mío –le dijo el sheij Abdallah al criado-, este sitio me parece bien; me gustaría rehabilitarla, porque este barrio me gusta.

Entonces, el criado comenzó a preguntar por el propietario; preguntó a unos y a otros, y al final terminaron por indicárselo. Se trataba de un pobre tipejo que no tenía un céntimo. Fue a buscarle y se lo llevó ante Baïbars, al que informó de todo el asunto.

- Y bien, tío mío –dijo Baïbars al propietario-, ¿estás de acuerdo en venderme el local, voluntariamente?

- Hijo mío –repuso el otro-, te lo regalo, ¡si es que a eso puede llamárselo un regalo! El sitio está abandonado desde la muerte de mi padre, no saco ni un real de esa ruina, y de todos modos, tampoco tendría un céntimo para arreglarlo.

No obstante, Baïbars le pagó, pagándole un precio superior al que habría costado el local de encontrarse en condiciones. Y sin esperar a más hizo venir a unos albañiles y les dio órdenes de que reconstruyeran la tienda, y la arreglaran.

- Haréis todo lo que os diga el patrón –les dijo, proporcionándoles además todos los materiales.

Los albañiles se pusieron inmediatamente manos a la obra; cavaron los cimientos.

- Muchachos –intervino el sheij Abdallah-, me gustaría que hicieseis una cava bajo la tienda, y que levantéis una planta más, a la que se pueda acceder desde dentro de la tienda, para que podamos vivir allí. En la cava guardaré mis siropes al fresco, para que no se estropeen, pues El Cairo es una ciudad tórrida.

Los albañiles llevaron a cabo todo lo que les había pedido; acabaron la tienda, recubrieron sus paredes con argamasa, y la pintaron. Baïbars vio que habían hecho un buen trabajo y quedó satisfecho; recompensó cabalmente a los albañiles. Luego envió cinco quintales de azúcar al sheij Abdallah, y se hizo cargo de todos los gastos de instalación. El sheij amuebló suntuosamente su tienda, compró vasos y recipientes, y comenzó a fabricar sus siropes y sus pastas de fruta; mientras su hijo, Hasan, se encargaba del negocio.

Ya habíamos dicho antes que Hasan era un hermoso muchacho. Llevaba un fular de seda a rayas ajustándole los riñones, las mangas arremangadas dejaban ver unos brazos semejantes a dos tallos de plata pura; el joven atraía a todos los habitantes del Cairo, que se apiñaban en la tienda sólo por contemplarle. Baïbars también les visitaba con frecuencia...

FIN



Próximo episodio...

31 - La trampa

